

¿Sin alternativa?

Sergio I. Salazar-Vallejo*

Hace algunos años, Héctor Suárez popularizó un personaje flojo, corrupto y burlón, cuya principal actitud o respuesta era decir “no hay, no hay”. El aspecto del personaje era paupérrimo y los segmentos correspondientes se concentraban en empleados de tiempo parcial como mecánicos, carpinteros o plomeros. Sin embargo, la misma actitud negativa ha sido repetida desde hace más de 20 años, pero por personajes con alta escolaridad y elegancia. Es cierto que el argumento fue matizado al decir que las restricciones económicas eran temporales y que vendrían mejores tiempos para la nación. La situación no era exclusiva de nuestro país, sino síntoma de una transformación planetaria de las relaciones económicas entre los estados fuertes, principalmente los Estados Unidos e Inglaterra, y casi todos los demás. Para mejorar nuestra comprensión (espero), sintetizaré la génesis de esta situación e insistiré en cuestiones obvias: reducir la enorme carga de la deuda externa e interna y reducir la corrupción y malos manejos, de modo que podamos disfrutar de nuestra riqueza y mejorar nuestras condiciones de vida.

Adam Smith explicó, en 1759 (*Sentimientos morales*), que el egoísmo y la búsqueda de la superación económica, nos hacen mejorar nuestro bienestar y que al hacerse positivo y masivo acrecientan la riqueza de la nación, con lo que el egoísmo deviene virtud. Impulsó la economía política con otra obra (*Riqueza de las naciones*); indicó que el salario debería equipararse con el nivel de subsistencia del

obrero y su familia, que patrones y obreros conspiran divergentemente sobre el mismo y que no debería fijarse un mínimo. Del Estado, indicó su obligación a acabar con cualquier obstáculo al libre comercio (léase monopolios) o iniciativa humana, y que no debería intervenir en la vida económica. También indicó que las naciones deberían especializarse en algunos aspectos de la producción, pero sus relaciones deberían ser en total libre competencia, por lo que no debería haber proteccionismo. En esa época nacieron los *trusts* (monopolios colectivos) y los *holdings* (sociedades financieras dueñas de mayoría de acciones de empresas).

David Ricardo, en la línea de su precursor, afirmó: “Todo lo que aumenta los salarios disminuye los beneficios”, algo que se mantendría por mucho tiempo y que impulsaría, según Marx afirmó un siglo después, la “lucha de clases” en relación con la plusvalía. Es decir, el empleado no recibe la remuneración acorde con su trabajo sino algo menos, que es la ganancia del patrón. Otras ideas interesantes de Marx (y desagradablemente actuales) son la teoría de la pauperización creciente, lo cíclico de las crisis o la ley de concentración del capital.

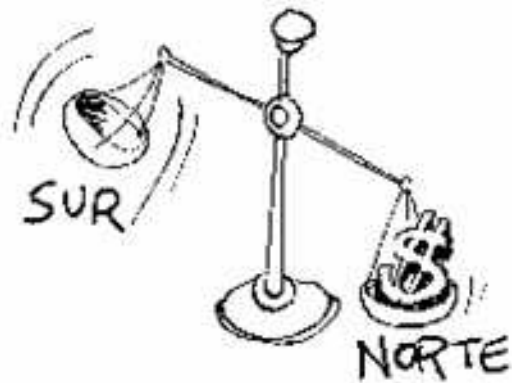
Muy pronto aparecieron concepciones antagónicas. En el ultranacionalismo, el principal precepto era el papel central del Estado en las actividades económicas. Así, el germano List proponía una autosuficiencia nacional con marcado proteccionismo para poder competir con naciones más avanzadas. Esto fue complementado por otro germano, Schmoller, quien insistió que no debería separarse la eco-

* Sergio I. Salazar-Vallejo es investigador de ECOSUR Chetumal (salazar@ecosur-qroo.mx).

nomía del marco social (ético) e histórico en el que se encuentra y que debería impulsarse la reforma social. Como resultado de esas propuestas, Alemania contó con el primer sistema de seguridad social en Europa.

Luego de la primera guerra mundial, en la participación del estado en la economía, la contribución más relevante fue la de Keynes, que enseñaba en Cambridge y era asesor de su gobierno. Luego de las crisis británica y estadounidense de 1929, esta última disparada por la especulación desenfrenada y sin respaldo real de las empresas, fue evidente que el sistema de mercado, dejado solo, no podría resolver la grave crisis en la que se hallaba. En su obra de 1936 (*Empleo, interés y dinero*), Keynes apuntó la falacia en la relación salarios y consumo e insistió que el Estado debería promover la actividad económica con el gasto público, con lo que llegamos a la política económica. En realidad, Roosevelt había impulsado acciones en la misma dirección con su New Deal entre 1933 y 1939. La influencia de estas ideas fue global pero tuvo más éxito en los países con gobiernos socialistas o socialdemócratas hasta la década de los setenta, cuando regresaron las ideas de Adam Smith.

En efecto, entre 1950 y 1970, Inglaterra y Estados Unidos impulsaron lo que se llamaría el sistema Breton Woods para fortalecer el comercio al estabilizar las tasas de intercambio y controlar los movimientos de capital. Esto fortaleció el sistema social en lo que algunos llaman la Edad de Oro del capitalismo. Sin embargo, durante el gobierno de Nixon, ese sistema empezó a ser abandonado y después totalmente dejado de lado, con lo que hubo explosión en los flujos de capital. Así, en 1970 el capital movido se canalizaba en un 90% a la inversión no especulativa pero para 1995, la inversión especulativa era del 95% y un 80% de la misma estaba puesta en plazos de una semana o menos. Ese abandono de los controles por el Estado y las presiones de la banca internacional para reducir la participación del Estado (léase privatizaciones), el gasto público (léase colapso en seguridad social y educación), de la mano de una deuda externa y corrupción crecien-



tes, redujeron progresivamente el papel regulador del Estado y los beneficios sociales para los empleados. Los campeones de estas ideas fueron Reagan y Thatcher, con el aplauso generalizado de la banca internacional y de las elites de las naciones, clase gobernante y otros tomadores de decisiones, que anunciaban perseguir la modernidad pero les interesaba más el beneficio personal o corporativo desmedido.

Algunas voces incluso entre los empresarios o partidos conservadores mencionaron que deberíamos dejar de someternos a la banca internacional. La respuesta fue siempre la misma: No hay alternativa. Tiene que ser así para que nos sigan prestando dinero (que iría a mis cuentas y a las de mis compas). Quizá la peor parte haya llegado con los acuerdos comerciales. Con ellos, se demostró que el papel regulador del Estado puede mantenerse, pero en el país que tiene el sartén por el mango y no en el que está siendo frito. Además de los controles externos por la banca internacional y los acuerdos comerciales, están los hilos no tan invisibles del movimiento del capital por narcotráfico y del mantenimiento de estas situaciones por la complicidad, indiferencia o ignorancia de los grupos de poder (políticos y empresarios) o por la reducción de la participación de los grupos de opinión (medios masivos, intelectuales, universitarios).

Tenemos alternativa. La deuda (externa e interna) debe renegociarse, la democracia debe ser una forma de vida y la corrupción debe reducirse. Con el dinero ahorrado podríamos mejorar las condiciones de empleo, educación y salud para todos nosotros. J